



Alexander F. Skutch
QUERIDO FEDERICO:

Ahora que no estoy tan activo como en años pasados, medito mucho acerca de mi larga vida. Puesto que tú estás en esa edad cuando un joven planea su carrera, podría ayudarte saber lo que yo he encontrado de mayor valor en mi propia vida.

En primer lugar, estoy contento de haber vivido cerca de la naturaleza y de haber dedicado mis años a estudiarla. La naturaleza tiene aspectos que contrastan fuertemente, y nuestra actitud hacia ella depende en gran parte del aspecto en que centremos nuestra atención. Si pensamos demasiado en la lucha y derramamiento de sangre que prevalecen entre los animales, en los horrores de la depredación y los ultrajes del parasitismo, pueda ser que nos alejemos de la naturaleza con repugnancia. La naturaleza, empero, nos deleita con su belleza y las muchas criaturas apacibles cuyos hábitos nos agradan. Estos son animales, especialmente aves, que viven en armonía con muchas de las diferentes especies, que forman socie-

dades cooperativas, o que recompensan a las plantas que los alimentan con polinizar sus flores o dispersar sus semillas. Estas aves más apacibles, cuyos patrones de vida son revelados solamente por observaciones cuidadosas y prolongadas, han remunerado generosamente las incontables horas que les he dedicado y han llenado mi memoria de recuerdos preciosos. Lastimosamente, los animales más fieros, los grandes y sangrientos depredadores de la tierra y del mar, son los que más llaman la atención de la mayoría de la gente. Por medio de mis escritos, yo hice lo que pude para dar un mayor conocimiento de los aspectos más amables de la vida de los pájaros.

La mente humana es por naturaleza expansiva. Debemos acoger con gratitud cualquier cosa que la llame más allá de su propio cuerpo, y aún más allá del estrecho mundo humano, hacia regiones más amplias. Las cosas más diversas, desde el cielo estrellado hasta las plantas más humildes que cubren la tierra, pueden ayudar al espíritu a expandirse. Debemos cultivar intereses o estudios que durante todos nuestros años llamen nuestros pensamientos hacia afuera. Si los seguimos como profesionales o como aficionados, ellos contribuyen grandemente a nuestra felicidad.

Para orientar su vida cada uno de nosotros necesita una religión o filosofía que convenga a su carácter. Yo anhelaba verme a mí mismo en relación con el Todo de que soy parte. Leí muchos libros de filosofía y acerca de las religiones del mundo, sin encontrar ninguna que me pareciera verdadera y al mismo tiempo alentadora. Entonces intenté desarrollar una filosofía propia, que he expuesto en el libro *El Ascenso de la Vida* y en otros escritos todavía inéditos: creer que vivimos en un Universo que se dirige tenazmente a aumentar el valor de la existencia, y que nosotros contribuimos a este gran esfuerzo al disfrutar, entender y apreciar con gratitud todos los valores que este proceso eterno ha realizado con inmenso trabajo. Creer así da a nuestras vidas importancia, significación y dignidad. No es probable que uno que acepta esta visión del mundo caiga en la desesperación nihilista, que es una de las enfermedades de nuestro tiempo.

De los filósofos cuyas obras he leído, he encontrado en los griegos y sus alumnos y en los romanos, los mejores guías para la

vida. Ellos nos enseñan el valor supremo de la moderación en todas las cosas, una virtud que tristemente es deficiente en el mundo contemporáneo. Ellos insisten en la necesidad de refrenar nuestras pasiones: la ira, el odio, los celos, la sensualidad, y las demás. Sólo la persona que puede controlar sus pasiones es verdaderamente libre. Además, ellos enseñan que la virtud moral es el fundamento de la felicidad.

Una de mis bendiciones es una esposa que ha sido mi constante compañera y ayudante por más de cuarenta años. La frecuencia del divorcio es una de las tragedias de nuestro tiempo. Si el matrimonio fuera contraído con más cuidado, se disolvería con menos frecuencia. Uno debe escoger un compañero o compañera que comparta sus intereses, que desee vivir en el mismo ambiente —ya sea en la ciudad o en el campo—, y hacer las mismas cosas. Más vale un carácter bello que una cara linda que se marchitaría con los años. Los hijos santifican y ayudan a preservar el matrimonio; pero en un mundo ya desastrosamente sobrepoblado, no deben exceder a dos o tres. Me casé tarde y me pesa no haber tenidos hijos propios, pero adoptamos un muchacho ya crecido y lo queremos.

Amar es de suprema importancia. El amor que es más que una pasión pasajera se expresa con cuidar. Deseamos no solamente preservar sino también beneficiar lo que amamos; hacerlo más feliz, si es un ser vivo; guardarlo fielmente si es algo inanimado. Cuidar, que debe empezar por nuestro cuerpo —su salud y apariencia—, lleva a la mente hacia afuera, dándole intereses y actividades saludables, estimulándola a aprender más acerca de lo que despierta nuestra dedicada atención. En las mentes más despiertas, cuidar se extiende desde las cosas a nuestro alcance, hasta las cosas y los lugares tan distantes, que no tenemos la esperanza de verlos. Cuidamos lo que podemos preservar o beneficiar directamente; cuidamos cosas lejanas, como las selvas amazónicas y las aves amenazadas de extinción en islas distantes. Creo que el atributo más alto y admirable del hombre no es su razón (que tantas veces se usa para fines malos), sino su capacidad de cuidar —un atributo lastimosamente subdesarrollado en la mayoría de los seres humanos.

Desde la adolescencia he sido vegetariano. Me hace feliz pensar que ningún animal de la tierra o del mar pierde su vida para alimen-

tarme a mí. Después de renunciar a la carne, nunca he sentido el menor deseo de comerla; más bien pensar en ingerirla me da asco. Lejos de deteriorar mi salud o capacidad de trabajo, la abstinencia de carne parece haberme beneficiado. Además, si mucha gente adoptara el régimen vegetariano, sería mucho más fácil conservar las grandes selvas tropicales que hoy día son tumbadas en gran escala para sembrar zacate y engordar ganado.

Ocuparme en trabajos que me interesan y parecen ser de valor siempre ha sido más importante para mí que ganar dinero. Especialmente durante los largos años en que estuve soltero, estaba contento con ganar apenas lo suficiente para vivir muy sencillamente, mientras podía estar cerca de la naturaleza, proseguir los estudios que me absorbían y estar libre de deudas. Ciertamente, la riqueza no es la llave de la felicidad.

No sé si nuestros espíritus sobreviven a nuestros cuerpos. Creo que la inmortalidad no es imposible, pero no puedo imaginar dónde y cómo un alma sin cuerpo existiría. A pesar de la competencia de nuestras ciencias, una región tan grande de la realidad permanece oscura para nosotros, que lo que menos esperamos bien puede esperarnos. A pesar de todas las dudas, estoy muy agradecido por el gran privilegio de vivir en un planeta que ofrece tanta belleza y grandeza a los ojos, y tantas cosas para estimular la mente; de pasar tantos años estudiando la naturaleza; y de gozar de amistades y del calor de mi hogar.

Espero, mi querido Federico, que estas líneas acerca de lo que yo he hallado de valor duradero en mi vida te ayuden a tí a guiar el curso futuro de la tuya. Espero, también, que ella sea larga, feliz y llena de valores reales.

Cariñosamente,

Alexander